

Ocurrencias de la Historia, recurrencias de la historia

Fernando Moreno

Universit  de Poitiers, CRLA-Archivos

Podría decirse que todo empezó la semana pasada, gracias a mi encuentro con el menor de los Arroyo a quien, entre otras cosas, le coment  mi probable participación en un Coloquio dedicado a Borges y, sobre todo, mi creciente inquietud ante un compromiso que el escaso tiempo del que disponía me obligaría tal vez a incumplir.

–Vaya ocurrencias las tuyas– me dijo inmediatamente, con esa voz fluida y sentenciosa que lo caracteriza. –No sólo te sumas, como muchos, al discurrir de esas grandes misas migratorias que pretextan celebrar centenarios, por lo demás cada vez más frecuentes, sino que incluso incurres en la hipervaloraci n de tus capacidades; hablo de las físicas, porque las otras... –Pero no te preocupes– prosiguió, si tu intención era la de hablar sobre “Guayaquil”, *ton siège est fait*. Me explicó entonces que había heredado de uno de sus amigos, un aventajado ex-estudiante de Letras de la Universidad del Norte y ahora dedicado a la creación de programas informáticos, junto con algunos libros, algunos esbozos de trabajos, apuntes, retazos de artículos nunca publicados. –Haz lo que quieras con ellos– le había dicho el ex-estudiante, puede que a alguien le sean de alguna utilidad. Y precisamente –continu  Arroyo– entre esos papeles hay una nota sobre este cuento que mencionas. Lo presentas en el Coloquio y ya. *Ton siège est fait*. Protest , alegando cuestiones de  tica –deontología habría dicho en algún momento de mayor lucidez–, aunque sin confesar que sentía más que una pizca de curiosidad por aquel eventual y desconocido aporte bibliográfico. Además –replicó imperturbable

Arroyo— mi amigo me dijo que no le importaba lo que podía pasar con esos papeles, que los libros eran de todos y las ideas de nadie. Nada le respond  pero cre  leer en su mirada una firme determinación.

Al día siguiente recibí un sobre con una decena de cuartillas, escritas a doble espacio y en tipografía Times New Roman 12. No había ni título ni indicación de nombre de autor. Las le  con recelosa expectativa. Decían lo siguiente:

“Nuestro interés por realizar estas observaciones en torno al relato “Guayaquil” de Jorge Luis Borges, publicado en *El informe de Brodie*¹, nace de la lectura de una breve reseña escrita por Osvaldo Soriano quien, al comentar la novela de Gabriel García Márquez —*El general en su laberinto*— y al recordar al encuentro entre José de San Martín y Simón Bolívar señala que, en 1824 (sic), los dos libertadores se encontraron “*a solas en Guayaquil después de guerrear más de 10 años contra los godos [...]. Luego de esa entrevista emblemática, que Jorge Luis Borges intent  descifrar en un memorable relato, San Martín renunci  al futuro y se march  para siempre a Europa. Nunca se supo qué se dijeron all , qué terribles enigmas se cruzaron en esas dos noches con fondo de vals vienés en un palacio de la bella Guayaquil*”².

“Una entrevista emblemática, que Jorge Luis Borges intent  descifrar en un memorable relato” decía el novelista argentino. No era  se el recuerdo que guardábamos de nuestra primera y ya lejana experiencia con el texto. De ahí que, a partir de la perspectiva proporcionada por Soriano, ahora nos asalten una serie de preguntas, como por ejemplo,  de qué tipo de operación de desciframiento puede tratarse?  es la intención del autor revelar el enigma y proponer una visión alternativa o hipotética de la historia?  c mo intent  Borges despejar ese misterio?

¹ Jorge Luis Borges, *El informe de Brodie*. Madrid, Alianza Editorial 1977, Biblioteca Borges 0010, pp. 86-98 (1a ed. 1970). Todas nuestras citas se hacen por esta edición.

² Osvaldo Soriano, “Un sueño americano”, *El País*, jueves 27 de julio de 1989, p. 10.

Porque, efectivamente, lo que hace algún tiempo nos había llamado la atención, antes que nada, era el título del relato. Como en muchos otros textos de Borges, el título alude aquí a un espacio, pero esta vez inmediatamente identificable. Guayaquil es un topónimo nada anónimo que arrastra consigo —para un lector con un horizonte medianamente despejado— y sin que sea necesario explicitarlos, todos los elementos constituyentes del universo representado por la ficción. Además del espacio, y sin decirlo, el título alude a los personajes —los “libertadores” ya mencionados—, al acontecimiento —la citada entrevista— y a su ubicación temporal: 26, 27 de julio de 1822. De modo que con “Guayaquil” se estaría esquemáticamente diciéndolo todo o, en todo caso, se pretendería anunciarlo todo. Este título temático literal sería también metonímico y metafórico gracias a una palabra que provoca confluencia e irradiación de sentidos y en donde la elusión provoca la alusión o, al menos, su ilusión.

Pero, evidentemente, no es eso lo que cuenta el cuento. El pacto inicial de lectura se convierte en un impacto sustentado en un equívoco o, si se quiere, en un efecto de desplazamiento. Si el título del relato remite a ese encuentro, a esas conversaciones sostenidas por los libertadores y sobre las cuales los participantes guardaron un silencio absoluto, el nudo de la intriga está constituido por una entrevista en la que intervienen dos personajes contemporáneos que se oponen en cuanto adversarios en la consecución de un mismo objetivo. Así resumido, el relato parece ser, en primera instancia, una nueva variante del vasto repertorio de enfrentamientos (ya sean a cuchillos u otros menos sangrientos, pero no por eso menos peligrosos), de duelos y de sus proyecciones metaf sicas, a los cuales Borges nos invita en muchos de su relatos (“Hombre de la esquina rosada”, “Historia de Rosendo J  rez”, “El encuentro”, “Juan Mura a”, “El otro duelo”, por ejemplo). Se trata de un t pico borgiano, dice Beatriz Sarlo, que normalmente aparece cruzado,

Graciela Ricci (ed.), *Borges. La lengua, el mundo: las fronteras de la complejidad*
Milano, Giuffrè editore, 2000, pp. 211-221.

engarzado, con el ideologema del doble y que, por ello mismo, adquiere una proyección universal³.

Ahora bien, y de manera más precisa, el eje discursivo de “Guayaquil” est  configurado por la palabra de un narrador innominado, profesor e historiador argentino, quien rememora, escribiéndola, su entrevista y confrontación con el Dr. Zimmerman, un historiador extranjero radicado en el país. Dicha conversación ha tenido como objetivo determinar cuál de ellos cumplir  la misión encomendada por el gobierno, a saber, desplazarse hasta la capital del “Estado Occidental” para descifrar en particular cierta carta de Bolívar gracias a la cual se podría saber, al fin, lo que realmente se dijo en Guayaquil.

De modo que lo que leemos no es una nueva versión o una reelaboración narrativa de aquel suceso histórico, sino la elaboración de un discurso sobre un encuentro entre “historiadores” que remite a la entrevista de Guayaquil y a la posibilidad de atenuar su misterio. Así, lo que también se lee y se vislumbra es una suerte de síntesis de las opiniones, debates y controversias generadas por el silencio de dicha historia, un compendio de las posiciones muchas veces antagónicas en las que se atrincheraron los especialistas argentinos y venezolanos; lo que leemos es la enunciación y la escritura de una múltiple representación cuestionadora e indagadora.

Lo anterior nos conduce a considerar el texto desde otros parámetros, nos orienta a detenernos en los procedimientos discursivos e intertextuales, a observar el funcionamiento de la dualidad, del desdoblamiento, de la especulación y del reflejo, a examinar la presencia de inversiones y desplazamientos.

Al respecto ya las primeras líneas del relato son ilustrativas e iluminadoras: “No verá la cumbre del Higuerota duplicarse en las aguas del Golfo Plácido, no ir  al Estado Occidental, no descifrar  en esa biblioteca, que desde Buenos Aires imagino de tantos modos y que tiene sin duda su forma exacta y sus crecientes

³ Vid. Beatriz Sarlo, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Espasa Calpe / Ariel, 1995 (especialmente capítulo 6, “Construcciones imaginarias”).

Graciela Ricci (ed.), *Borges. La lengua, el mundo: las fronteras de la complejidad*
Milano, Giuffrè editore, 2000, pp. 211-221.

sombras, la letra de Bolívar” (p. 86). Si, de hecho, la presencia del “descifrar” y de la “biblioteca” nos instalan de lleno en el universo de Borges, esta frase inicial contiene varios niveles de dualidad y de desdoblamiento. La calidad especular aparece ya a partir de la imagen de la montaña duplicada en el mar, pero también a través de la presencia de la serie “no ver , no ir , no descifrar ” que nos parece un reflejo invertido de la célebre “vine, vi, venc ”. Y, en un ámbito diferente, esta cita pone en evidencia otro tipo de polaridades, Así, por ejemplo, la que opone y vincula imaginación y certeza, o la que enfrenta y relaciona naturaleza e historia, polaridades que son, por lo demás, los límites dentro de los cuales se mueve el discurso.

Luego el texto reanuda con el fenómeno de reproducción y de desplazamiento de lo semejante: *“Releo el párrafo anterior para redactar el siguiente y me sorprende su manera que a un tiempo es melancólica y pomposa. Acaso no se puede hablar de aquella república del Caribe sin reflejar, siquiera de lejos, el estilo monumental de su historiador más famosos, el capitán José Korzeniovski, pero en mi caso hay otra razón. El íntimo propósito de infundir un tono patético a un episodio un tanto penoso y mas bien baladí me dictó el párrafo inicial. Referir  con toda probidad lo que sucedió; esto me ayudará tal vez a entenderlo. Además, confesar un hecho es dejar de ser el actor para ser un testigo, para ser alguien que lo mira y lo narra y que ya no lo ejecut ”* (pp. 86-87). Aquí surgen otras dualidades, nuevos desplazamientos, nuevas dimensiones del fenómeno especular. Tenemos, por ejemplo, el caso de la escritura, que deberá reflejar el espíritu de la materia a la que alude, la dualidad de la operación escritura y lectura, el desdoblamiento del sujeto en productor y receptor, en actor y testigo. Tamb n se constata la presencia de desplazamientos e inversiones que atañen los ámbitos de la historia y la ficción a través de la mención que se hace de ese excelso historiador (José Korzeniovski) que es en realidad un novelista, al que el narrador recuerda por su verdadero nombre —el desconocido, el ocultado por su seudónimo— y no por el que pasó a la historia (es decir Joseph Conrad).

No parece necesario continuar este desbroce en detalle. Baste señalar que la dualidad, los reflejos, las inversiones especulares cubren todo el texto, hasta en aspectos aparentemente insignificantes. Así, por ejemplo, hay varias alusiones al hecho de copiar y de fotocopiar (las supuestas cartas de Bolívar habrá que copiarlas, se recuerda que Heidegger desarrolla una de sus ideas fotocopiando los títulos de los periódicos). También, ciertas situaciones recordadas por el narrador insisten o son representativas de la idea de dualidad, de desdoblamiento y de la repetic n: el historiador argentino conoce dos trabajos de Zimmerman; la entrevista se produjo a la misma hora y en la misma habitación en donde est  escribiendo, sin olvidar "*las baldosas blancas y negras, las dos magnolias...*" (p. 90) del patio de la casa del anfitrión. Además, durante la entrevista, el narrador cuenta dos relatos a su interlocutor (los reyes que juegan ajedrez y el duelo de los bardos); se trata de relatos que, a su vez, refieren enfrentamientos y que reproducen especularmente la propia situación básica del cuento. Por otra parte, el "pomposo" estilo con el que el narrador inicia su discurso ha sido precedido —temporalmente, puesto que, como se sabe, cuenta lo ya sucedido— por un exceso retórico que se ha manifestado durante la entrevista: dos veces el narrador se queja del estilo de lenguaje utilizado por Zimmerman ("*Tales zalamer as no me agradaron*", p. 91; "*Esas generalidades pomposas me fastidiaron*", p. 95). Incluso cabe destacar que dos veces aparece en el texto la expresión *Votre/mon siège est fait* (pp. 94 y 98), la primera vez en boca de Zimmerman y la segunda desplazada al discurso del narrador.

Puede constatarse, entonces, que los ejemplos textuales son abundantes, pero, al mismo tiempo, es evidente que tales dualidades y reflejos conciernen además otros niveles de sentido. Así, los protagonistas, aparecen caracterizados como antagonistas bajo diversas modalidades: existe una oposición en cuanto al físico y en cuanto al carácter y a la fuerza de voluntad, aunque ambos se consideren discípulos de Schopenhauer. Pero sobre todo contrastan en la manera de concretar su labor de historiadores y, desde esta perspectiva aparecen desdoblado, representando, poniendo en escena la larga controversia histórica sobre el caso Guayaquil.

Como ensabido, el eje de dicha polémica se encuentra en la oposición entre las tesis venezolana y argentina, cada una de las cuales se fundamenta en el ensalzamiento del héroe nacional respectivo y muchas veces al mismo tiempo, en el descrédito del otro. De este modo se ha producido una suerte de amalgama entre historiografía y patriotismo (incluso chovinismo)⁴, como evidentemente sucede en el caso del narrador de “Guayaquil” el que, vinculado férreamente a la patria por su linaje, en especial a causa de las gestas realizadas por sus antepasados, est  obligado a mantener una posición apriorística invariable.

Además, la oposición entre ambos personajes parece orientar la lectura hacia la consideración de este encuentro como un réplica de la entrevista entre San Martín y Bolívar, como el propio Borges, por otra parte, lo insinuara: “Guayaquil puede ser leído de dos maneras diferentes, como el símbolo del encuentro entre dos famosos generales, o si el lector se encuentra en disposición m gica, como la transformación de los dos historiadores en los dos generales difuntos”⁵.

En el cuento, uno de los ejes discursivos centrales de la dinámica narrativa, lo constituye la publicación y la verificación de una carta hasta ahora desconocida de Simón Bolívar. Daniel Balderston, que ha investigado y señalado con certeza y prolijidad los elementos contextuales en la obra de Borges y, por lo tanto, en el texto que nos preocupa, recuerda lógicamente la existencia de la polémica provocada por la llamada “carta de Lafond”⁶. Bajo este nombre se conoce lo que

⁴ Daniel Balderston se refiere a esta polémica en * Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*. Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1996. Ver capítulo 8 ““El mundo pone el oído y no oye nada”: La entrevista de Guayaquil o los silencios de la historia”, pp. 185-212 Cf. también A.J. Pérez Amuchástegui, *La “Carta de Lafond” y la preceptiva historiográfica*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1962.

⁵ Nota a la traducción inglesa de *El informe de Brodie (Doctor Brodie’s Report*, Nueva York, Bantam, 1973). Cit por Balderston, p. 187.

⁶ Daniel Balderston, *op. cit.* En su fino y detallado análisis del relato, junto con destacar ciertas modalidades discursivas y composicionales, Balderston subraya la presencia constante de elementos contextuales de diverso orden y alcance: el elemento biográfico y autopar dico, el eventual modelo real para el personaje de Eduardo Zimmerman, el “error” cometido por el narrador al fechar una de las cartas atribuidas a Bolívar, las polémicas y debates entre historiadores a propósito de la entrevista entre San Martín y Bolívar y en particular la interpretación de Bartolomé Mitre y la función desempeñada por la llamadas cartas de Lafond y de Colombes

Graciela Ricci (ed.), *Borges. La lengua, el mundo: las fronteras de la complejidad*
Milano, Giuffrè editore, 2000, pp. 211-221.

sería una carta de San Martín, para algunos verídica y para otros apócrifa, dirigida al venezolano y fechada en Lima el 29 de agosto de 1822. Es un texto que fue publicado por primera vez en una versión francesa por Gabriel Lafond de Lurcy en su *Voyages autour du monde et voyages c l bres. Voyages dans les deux Amériques* (Paris, 1844). En ella San Martín aclararía los motivos que le incitaron a abandonar la lucha en la fase final de las guerras de independencia. Pero el original de esta misiva se desconoce y la encarnizada disputa sobre su autenticidad le ha concedido un valor emblemático sobre lo que se habría dicho en aquella famosa y, con el tiempo, misteriosa entrevista.

Ahora bien, en el contexto de las dualidades, reflejos, inversiones y desplazamientos que se han constatado no parece demasiado aventurado conjeturar que la carta a la que se alude en texto, la carta de Bolívar (fechada, según el narrador, en Cartagena, el 13 de agosto de 1822), puede ser vista como el doble invertido de aquella, la de Lafond, es decir la supuestamente apócrifa o verídica misiva de San Martín. Tanto más cuanto que en la narrativa de Borges puede verificarse la presencia constante del simulacro, de los datos falsos o voluntariamente erróneos, de una suerte de sistema del enmascaramiento y de la invenci n⁷. Pero además existen otros elementos proporcionados por el propio relato que también apuntan en dirección de estas hipótesis de lectura. Puede recordarse, por ejemplo, el hecho de que el narrador señala —dos veces— que ha releído su propio texto escrito y que, am n ciertas manifestaciones metadiscursivas, informa al final a su narratario (“el lector”, p. 88) a propósito de su objetivo de quemar su texto y sobre la eventualidad de sumergirse en la inacción escrituraria:

Mármol. También nos informa con precisión a propósito del recurso a elementos intertextuales. En este nivel Balderston destaca la introducción, en cuanto figura aludida por el narrador, del doctor Avellanos (de cuyo archivo fueron exhumadas las cartas que son objeto de la codicia del narrador y de Zimmerman) y que no es otro que el personaje historiador de la novela *Nostramo*, así como los ecos más que perceptibles de otros elementos que forman parte del universo de Costamagua descrito por Joseph Conrad. Además y en relación con el problema de la filosofía y de interpretación de la historia el crítico destaca la nítida presencia de la sombra de Shopenhauer y de su libro *El mundo como voluntad y representación*.

Graciela Ricci (ed.), *Borges. La lengua, el mundo: las fronteras de la complejidad* Milano, Giuffrè editore, 2000, pp. 211-221.

“Releo estas desordenadas páginas, que no tardaré en entregar al fuego [...] Presiento que ya no escribiré más” (p.98). De modo que, si en un nivel que podríamos llamar metafórico, la figura del narrador puede ser adscrita a la de San Martín, el propio texto podría ser interpretado como un reflejo paródico de la apócrifa-verdadera carta publicada por Lafond. De hecho, además de la aludida intención de abandonarse a la renuncia y al silencio —como sucede también en el caso de San Martín— existen ciertas similitudes entre ambos textos. Si en la “carta de Lafond” San Martín señala a su destinatario que le escribirá “no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de la América”⁸, el historiador de “Guayaquil” ha resuelto contar lo acontecido “con toda probidad” (p. 87). Además, si como ya se ha insinuado, el narrador de Borges decide darse por vencido puesto que no le queda nada por hacer (“*Mon siège est fait*”, p. 98) después de que su contrincante haya puesto en evidencia su ya conocido e invariable enfoque (“—*En materia bolivariana (perdón, sanmartiniana) su posición de usted, querido maestro, es harto conocida. Votre siège est fait.*”, p. 94), por su parte el San Martín de la carta Lafond ha dicho “*En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado*”.

Gracias a la ficción leemos, entonces, la escritura de ese personaje-historiador argentino, leemos las polémicas historiográficas, leemos el equivalente paródico de la carta de San Martín. De este modo el texto parece querer decirnos que aún conociendo los detalles de los sucesos por parte de los propios actores, no se llegará a tener un conocimiento cabal de esa parte misteriosa de la relación del hombre con el mundo, de ese fragmento secreto que se verifica de manera inasible en la interioridad del sujeto y en su voluntariosa exteriorización: “—*Que sean de puño y letra de Bolívar —me contestó— no significa que toda la verdad esté en ellas.*

⁷ Véase, por ejemplo, Sylvia Molloy, *Las letras de Borges*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1979.

⁸ De acuerdo con la traducción de Bartolomé Mitre en *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana. Obras completas de Bartolomé Mitre 4*. Buenos Aires, Congreso de la Nación Argentina, 1939. Citada por Balderston, *op. cit.* pp. 196-197.

Graciela Ricci (ed.), *Borges. La lengua, el mundo: las fronteras de la complejidad* Milano, Giuffrè editore, 2000, pp. 211-221.

Bolívar puede haber querido engañar a su corresponsal o, simplemente, haberse engañado. Usted, un historiador, un meditativo, sabe mejor que yo que el misterio est  en nosotros mismos, no en las palabras” (pp. 94-95). Porque si el historiador argentino de Borges resulta “derrotado” en esta entrevista “*mas bien baladí*” (p. 86), es por oscuras razones ya preexistentes (“*Nuestro maestro [...] conjeturaba que ningún acto es involuntario. Si usted se queda en esta casa [...] es porque íntimamente quiere quedarse. Acato y agradezco su voluntad*”, p. 98) y porque, reduplicando lo que ocurrió con los libertadores, en este encuentro se impuso aquél que poseía la necesaria fuerza de determinación: “*Dos hombres se enfrentaron en Guayaquil; si uno se impuso fue por su mayor voluntad, no por juegos dialécticos*” (p. 95).

Aquí, como en otros tantos textos de Borges, se reconocen las ideas de Schopenhauer⁹ al tiempo que se pone en práctica discursiva una concepción que considera con desconfianza, cuando no con incredulidad, no sólo la idea del progreso histórico, del avance y linealidad de la historia, sino también la capacidad del lenguaje en su función y en su capacidad de transmisión de conocimiento en su eventual labor de aprehensión y expresión de la realidad.

De hecho “Guayaquil” historiza y concreta la ficción al tiempo que ficcionaliza y deshistoriza la Historia. Y esta doble operación emerge del complejo juego instaurado por la contaminación intertextual. Como ya la crítica lo ha señalado, y nosotros lo hemos insinuado y recordado más arriba, las referencias geográficas citadas en “Guayaquil” y el personaje del doctor Avellanos, son elementos que pertenecen al ámbito de la ficción, más precisamente, al universo de Costaguana, el espacio de la novela *Nostromo* de Joseph Conrad (quien, a su vez, construyó su texto tomando asidero en lugares y personajes reales e históricos, y que en el texto de Borges aparece, como se ha dicho, mencionado por su verdadero nombre y caracterizado como historiador). De modo que por medio de la intertextualidad, con

⁹ Sobre el particular véase también, por ejemplo, Roberto Paoli, “Borges y Schopenhauer”. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XI, 24, Lima, 1986, 173-208.

“Guayaquil” ingresamos en un intrincado fenómeno discursivo en el que la historia se vale de la ficción, en el que la historia se desdobra en ficción y en el que por medio de la ficción se construye otra ficción que aparentemente habla de la historia y en la que, también, se evidencian ciertas recurrencias características de la escritura de Borges.

El resultado es, entonces, un texto construido en forma de doble espejo (es decir como réplica deformada o deformante y como especulación), de acuerdo con un trabajo de escritura literaria concebida fundamentalmente como recurrente ejercicio intertextual y que quiere revelar, oblicuamente, que la historia está hecha de elaboraciones e interpretaciones de las que, a su vez y por su propia discursividad, emerge la ficcionalidad.

De modo que el texto de “Guayaquil” se instaura como paradigma de la estrategia discursiva de Borges. En cuanto texto nodal, pone en escena, es decir, representa, las representaciones discursivas de la historia y de la ficción. Dice que, desde esta perspectiva, los hechos “existen” porque las palabras aparentemente los duplican, construyendo así una percepción de esos hechos, al tiempo que se instalan en ese espacio real. En otros términos, el texto es espejo de una visión de la escritura como experiencia de lectura de escrituras y como escritura de experiencias y de lecturas, un texto cuya realidad emerge a partir de su exhibición como ficción.”

Hasta aquí el texto dactilografiado facilitado por Arroyo, a quien, teóricamente, debo volver a ver la semana entrante. Es indudable que se trata de un trabajo sugerente y que contiene algunos aspectos no desprovistos de interés. Por otro lado, y pensándolo bien, creo personalmente no lo habría hecho mejor. Tal vez en una nota yo habría recordado la versión nerudiana del encuentro de Guayaquil del *Canto General*. En todo caso, y para decirlo todo, debo añadir que la última página del conjunto que me envió Arroyo es la fotocopia de un manuscrito. La grafía y los signos de deterioro evidente, perceptibles a pesar de la calidad

Graciela Ricci (ed.), *Borges. La lengua, el mundo: las fronteras de la complejidad*
Milano, Giufffré editore, 2000, pp. 211-221.

de la reproducción, indican que se trata de un documento bastante antiguo.
Transcribo lo allí escrito:

Cuando se dio cuenta de lo que le había sucedido, constató también con anhelante desesperación que le era imposible retroceder. Se dijo entonces que a pesar de su constante vigilancia, de su —ahora lo comprobaba— adormecido sigilo, esta vez las precauciones de nada le habían servido. No le quedaba más remedio que continuar esa peligrosa y, al menos así lo creía, exaltante aventura. Porque, de todas maneras, si estaba donde estaba era también porque de alguna forma lo había deseado aunque lo que más le molestaba era no poder explicarse ese sentimiento. Él, que creía conocer todas las reglas del juego, no sólo había caído en la trampa (¿era realmente una trampa?) sino que además parecía complacerse con su nueva situación. Miró a su alrededor, intentando reconocer en medio de aquel espacio algunos signos a los cuales poder aferrarse, pero apenas creía distinguir alguno éste se le escapaba, se transformaba en algo diferente, aunque no siempre del todo desconocido. Quiso saber si estaba solo en medio de ese inmenso follaje y gritó con todas sus fuerzas. Inexplicablemente sólo recibió como respuesta algo así como el eco de su propia voz desfigurada, pero más agradable y misteriosa.

Y algunas líneas más abajo se podía leer:

Dejo consignado aquí lo que recuerdo del sueño —una historia de pesadilla— que he tenido la víspera de mi encuentro con el general porteño. Ya veré lo que le pueda decir. De todas maneras “son siège est fait”.